

Stefan Zweig
El legado de Europa

TRADUCCIÓN DE CLAUDIO GANCHO



Richard Friedenthal, editor y gran amigo de Stefan Zweig, reunió, en *El legado de Europa*, aquellos ensayos en que el escritor austríaco rinde homenaje a los artistas que supieron expresar la esencia de la conciencia común europea. Tras la fragmentación de esa patria compartida que fue Europa, Zweig la reconstruyó en el único mundo que le era posible, el del espíritu. En esta reconstrucción le ayudaron aquellos autores que fueron sus compañeros de viaje: Montaigne, Chateaubriand, Wassermann, Rilke, Roth... Artistas y amigos que, a modo de herencia, nos lega para inmortalizarlos en el tiempo, para que permanezcan imperecederamente en nuestra conciencia.

MONTAIGNE

I

Hay algunos escritores, pocos, que están abiertos a todo el mundo a cualquier edad y en cualquier época de la vida —Homero, Shakespeare, Goethe, Balzac, Tolstói—, y a su vez hay otros que sólo en un determinado momento revelan toda su importancia. Entre éstos se cuenta Montaigne. Ni se debe ser demasiado joven, ni carecer de experiencias y desengaños para poder valorarlo debidamente y para que su pensamiento libre y certero pueda aportar la máxima ayuda a una generación que, como más o menos la nuestra, se ha visto lanzada por el destino a una sacudida universal tan violenta como una catarata. Sólo quien en su propia alma agitada haya vivido una época donde, por la guerra, la violencia y las ideologías tiránicas, haya visto amenazada su vida y, dentro de esa vida, la sustancia más preciosa que es su libertad individual, sólo alguien así sabe todo el coraje, toda la honradez y decisión que se requiere para permanecer fiel a su «yo» más íntimo en tales tiempos de estolidez de rebaño. Sólo una persona así sabe que nada en la tierra es más difícil y problemático que mantener incontaminada la propia independencia espiritual y moral en medio de una catástrofe masiva. Sólo cuando alguien ha dudado, presa de la desesperación, hasta de la razón y la dignidad del hombre, puede exaltar como una hazaña el

que un individuo permanezca ejemplarmente íntegro en medio de un caos universal.

Que la sabiduría y grandeza de Montaigne sólo pueda valorarla alguien experimentado y probado lo he vivido por mí mismo. Cuando a mis veinte años tomé por vez primera en mis manos sus *Ensayos*, el único libro en que ha sobrevivido, he de confesar sinceramente que no les saqué mucho provecho. Yo tenía, ciertamente, los suficientes conocimientos literarios como para reconocer con respeto que allí se manifestaba una personalidad interesante, un hombre de singular clarividencia y profundidad —una persona amable además de un artista—, que sabía dar a cada frase y afirmación su sello personal. Pero mi satisfacción no pasaba de ser la simple satisfacción literaria de un anticuario; faltaba la inflamación interior del entusiasmo apasionado, el transvasarse de la energía eléctrica de un alma a otra. Ya la misma temática de los *Ensayos* me pareció bastante lejana y en buena medida sin posibilidad alguna de transmisión a mi propia alma. ¿Qué me importaban a mí, un joven del siglo XX, las extensas divagaciones del *Sieur de Montaigne* sobre la «Ceremonia de recepción de los reyes» o sus «Consideraciones sobre Cicerón»? Qué escolástico y anacrónico se me antojaba su francés fuera de época, salpicado además de citas latinas. Y ni siquiera establecí relación alguna con su sabiduría serena y templada. Me llegaba demasiado pronto. Porque ¿qué podía significar la sabia disuasión de Montaigne de que no había que afanarse por ambición alguna, que no había que atarse en forma demasiado apasionada al mundo exterior? ¿Qué podía significar su tranquilizador apremio a la templanza y la tolerancia en una edad fogosa, que no admite desilusiones ni quiere serenarse, sino que inconscientemente desea verse afianzada en su impulso vital? En la esencia misma de la juventud está el que uno no quiera dejarse aconsejar para la moderación y el escepticismo. Para aquélla cualquier duda es un estorbo, ya que necesita una confianza firme e idealista para dar salida a su ín-

tima fuerza de choque. Y, dado su poder entusiasta, hasta la locura más radical y absurda se le antoja más importante que la sabiduría más elevada, si ésta frena su fuerza de voluntad.

Además, aquella libertad individual, cuyo heraldo más decidido había llegado a ser Montaigne en todas las épocas, ¿necesitaba realmente de una defensa tan encarnizada hacia 1900? Todo aquello ¿no resultaba ya evidente desde mucho tiempo atrás?, ¿no era una posesión, garantizada por la ley y la moral, de una humanidad emancipada desde hacía largo tiempo de la dictadura y de la esclavitud? El derecho a la propia vida, a las propias ideas y a su libre manifestación de palabra o por escrito eran evidentemente algo que nos pertenecía como el aliento de nuestra boca y los latidos de nuestro corazón. El mundo nos estaba abierto, país a país; nosotros no éramos prisioneros del Estado, no estábamos sujetos al servicio militar, ni estábamos sometidos al capricho de unas ideologías tiránicas. Nadie estaba en peligro de ser proscrito, desterrado, encarcelado ni expulsado. Por todo ello, a los ojos de nuestra generación, Montaigne parecía agitar insensatamente unas cadenas que creíamos rotas desde hacía mucho tiempo, sin caer en la cuenta de que el destino las había vuelto a forjar de nuevo para nosotros, más recias y duras que nunca. Así, venerábamos y respetábamos su lucha por la libertad espiritual como una lucha histórica, superflua para nosotros desde mucho tiempo atrás y sin ninguna trascendencia. Y es que entre las leyes misteriosas de la vida está el que siempre nos percatemos tardíamente de sus valores verdaderos y esenciales: de la juventud, cuando desaparece; de la salud, cuando nos abandona; y de la libertad, la esencia más preciosa de nuestra alma, sólo en el momento en que nos la pueden arrebatarse o cuando ya nos la han arrebatado.

Para entender, pues, el arte y la sabiduría vitales de Montaigne, para comprender la necesidad de su lucha por el *soi-même* como el acuerdo más necesario de nuestro

mundo espiritual, es preciso llegar a una situación similar a la de su propia vida. También nosotros deberíamos, como él, empezar por vivir alguna de las recaídas espantosas del mundo desde una de sus cumbres más gloriosas. También nosotros tendríamos que vernos ahuyentados a latigazos por nuestras esperanzas, experiencias, expectativas y entusiasmos hasta que acabáramos defendiendo exclusivamente nuestro propio «yo» desnudo, nuestra existencia singular e irrepetible. Sólo en esa hermandad de destino pasó Montaigne a ser para mí el auxiliador, el consolador y el amigo insustituible, porque ¡qué desesperadamente parecido fue su destino al nuestro!

Cuando Michel de Montaigne llegó a la vida, empezaba a extinguirse una gran esperanza, una esperanza igual a la que nosotros mismos vivíamos a comienzos de nuestro siglo: la esperanza de una humanización del mundo. En el transcurso de una sola generación, el Renacimiento, con sus artistas, sus pintores, sus poetas y sus eruditos, había dado a la humanidad una belleza nueva y jamás presentida con igual plenitud. Parecía arrancar un siglo, o mejor siglos enteros, en que la fuerza creativa, peldaño a peldaño, onda a onda, elevaba hasta lo divino la existencia oscura y caótica. De golpe el mundo se había ensanchado y era algo logrado y rico. Arrancando de la antigüedad, y a través de las lenguas griega y latina, los eruditos devolvían a los hombres la sabiduría de Platón y de Aristóteles. Bajo la guía de Erasmo, el Humanismo prometía una cultura unitaria y cosmopolita; la Reforma pareció fundamentar una nueva libertad de la fe al lado de la nueva expansión del saber. Desaparecían las distancias y las fronteras entre los pueblos, porque la imprenta, recién descubierta, otorgaba a cada palabra, a cada opinión, la posibilidad de una difusión rápida; lo que se le concedía a un pueblo parecía pertenecer a todos, y se creyó que por la acción del espíritu se había creado una unidad que estaba por encima de la discordia sangrienta de los reyes, los príncipes y las armas. Y un se-

gundo milagro: al tiempo que el mundo intelectual, también el mundo físico se ensanchaba hasta límites insospechados. Del hasta entonces intransitable océano surgieron nuevas costas, nuevos países, y un continente gigantesco garantizaba un hogar a generaciones y generaciones. La circulación sanguínea del comercio se aceleró, las riquezas se derramaron por la vieja tierra europea y crearon el lujo, y el lujo provocó a su vez construcciones, cuadros y estatuas, todo un mundo embellecido y espiritualizado. Pero siempre que el espacio se ensancha, se tensa también el alma. Al igual que en los umbrales de nuestro siglo, cuando una vez más se dilató el espacio de una manera grandiosa, gracias a la conquista del éter por los aviones y por la palabra invisible que sobrevolaba los países, cuando la física y la química, la técnica y la ciencia arrancaron a la naturaleza secreto tras secreto poniendo sus energías al servicio del hombre, del mismo modo una esperanza inefable animó también a la humanidad tantas veces desilusionada, y en millares de almas encontró eco el grito jubiloso de Ulrich von Hutten: «Vivir es un placer.»

Pero siempre que la ola se levanta demasiado abrupta y rápida, vuelve a caer como una catarata. Y así como en nuestro tiempo precisamente los nuevos logros, los milagros de la técnica, se transforman en los factores más terribles de destrucción, también los elementos del Renacimiento y del Humanismo, que parecían saludables, se convirtieron en un veneno asesino. La Reforma, que soñaba con dar a Europa un nuevo espíritu cristiano, produjo la barbarie sin igual de las guerras de religión; la imprenta en vez de difundir ilustración propagó el *furor theologicus*, y fue la intolerancia la que triunfó sobre el Humanismo. En toda Europa, cada país se desgarró en una guerra civil asesina, mientras que en el Nuevo Mundo la bestialidad de los conquistadores se desfogaba con una crueldad insuperable. La época de Rafael y Miguel Ángel, de Leonardo da

Vinci, Durero y Erasmo retrocedía hasta cometer los mismos crímenes atroces que Atila, Gengis Khan o Tamerlán.

Tener que contemplar con la más absoluta impotencia, a pesar de la imperturbable vigilancia espiritual y la más sensible conmoción del alma, esa espantosa recaída del Humanismo en la bestialidad en uno de esos esporádicos estallidos de locura de la humanidad, como el que hoy volvemos a vivir, eso es lo que representó la verdadera tragedia en la vida de Montaigne. Ni un sólo instante de su vida vio prevalecer realmente en su país, en su mundo, la paz, la razón, la conciliación, todas aquellas elevadas fuerzas espirituales con las que su alma comulgaba. Al primer vistazo que echa a su tiempo, igual que en su despedida, Montaigne se aparta con horror —como nosotros— del pandemónium de furia y de odio que envilece y destruye su patria y la humanidad. Era apenas un muchacho, con no más de quince años, cuando ante sus ojos estalló en Burdeos el levantamiento popular contra la *gabelle*, el impuesto sobre la sal, que fue aplastado con una barbarie tan atroz, que lo convirtió para el resto de su vida en enemigo acérrimo de toda violencia. El muchacho vio cómo centenares de personas pasaban de la vida a la muerte torturadas, colgadas, empaladas, descuartizadas, decapitadas, quemadas... Vio a los cuervos revolotear durante días y días alrededor del patíbulo sobre la carne quemada y medio podrida de las víctimas. Escuchó el grito de los azotados y tuvo que sufrir el olor de la carne chamuscada, que se propagaba por la calles. Y apenas el muchacho hubo crecido, estalló la guerra civil, que con los antagonismos fanáticos de sus ideologías devastó Francia por completo, con la misma violencia con que hoy los fanatismos sociales y nacionales destruyen el mundo de un cabo al otro. La Chambre Ardente hizo quemar a los protestantes, y la Noche de San Bartolomé eliminó en una jornada a ocho mil personas. Los hugonotes a su vez vengaron crímenes con crímenes: irrumpieron en las iglesias, destruyeron las imágenes, sin que su locura de po-

sesos dejase en paz ni siquiera a los muertos, violando y saqueando las tumbas de Ricardo Corazón de León y de Guillermo el Conquistador. De pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, avanzaban las tropas tanto católicas como hugonotas, pero siempre franceses contra franceses, ciudadanos contra ciudadanos, sin que ninguno de los partidos cediera al otro en su exacerbada bestialidad. Guarniciones enteras, hechas prisioneras, fueron aniquiladas del primero al último soldado; los ríos se infestaron de cadáveres flotantes. Se estimaron en ciento veinte mil las aldeas saqueadas y arrasadas, y pronto el asesinato se liberó de su pretexto ideológico. Bandas armadas caían sobre castillos y viajeros sin distinguir entre protestantes y católicos. Un paseo a caballo por el bosque cercano a la propia casa no resultaba menos peligroso que un viaje a las nuevas Indias o a países de caníbales. Nadie sabía ya si su casa y su hacienda le pertenecían aún, si al día siguiente viviría o habría muerto, estaría preso o sería libre. Ya anciano, al final de su vida, escribe Montaigne en 1588: «En esta confusión, en la que nos hallamos desde hace treinta años, todo francés se enfrenta cada hora a una situación que puede significar un giro completo de su suerte.» No había seguridad alguna sobre la tierra, y ese sentimiento básico se refleja por fuerza en la visión espiritual de Montaigne. Por ello será necesario encontrar tal seguridad fuera de este mundo, más allá de la propia patria; será preciso negarse a formar en el coro de los criminales y crearse una patria y un mundo propios más allá del tiempo.

Cómo se sentían los humanistas de aquella época —con una sensibilidad terriblemente parecida a la nuestra— lo certifica un escrito que La Boétie envió en 1560 a su amigo Montaigne, que por entonces tenía veintisiete años, y en la que le clama: «¡Oh qué destino, el que nos ha hecho nacer precisamente en estos tiempos! La ruina de mi país la tengo ante mis ojos, y no veo otro camino que emigrar, abandonar mi casa y marchar donde el destino me lleve. Desde

hace tiempo la cólera de los dioses me intima a huir señalándome los países extensos y abiertos al otro lado del océano. Si en el umbral de nuestro siglo surgió de las olas un mundo nuevo, será justamente así, porque los dioses lo destinaron como refugio en el que los hombres pudieran cultivar libremente sus campos bajo un cielo mejor, mientras que la espada cruel y una plaga maligna condena a Europa a la ruina.»

En épocas así, cuando los valores nobles de la vida, cuando nuestra paz, nuestra independencia, nuestro derecho innato y todo cuanto hace nuestra existencia más pura, más hermosa y más justa, han sido sacrificados a la locura de una docena de fanáticos e ideólogos, para el hombre que no quiere perder su humanidad en el tiempo, todos los problemas desembocan en uno solo: ¿Cómo puedo permanecer libre? A pesar de todas las amenazas y peligros en medio de la furia de los partidos, ¿cómo puedo preservar la incorruptible lucidez de espíritu?, ¿cómo mantener incólume la humanidad de corazón en medio de la bestialidad? ¿Cómo escapar a las exigencias tiránicas, que el Estado, la Iglesia o la política querrían imponerme contra mi voluntad? ¿Cómo protegerme para no ir en mis conversaciones o actuaciones más allá de donde quiere ir íntimamente mi «yo» más íntimo? ¿Cómo proteger esta parcela singular y única de mi «yo» contra la instalación de lo reglamentado y de la norma impuesta desde fuera? ¿Cómo preservar lo más esencial de mi alma y su materia, que sólo a mí me pertenece, mi cuerpo, mi salud, mis ideas y mis sentimientos, del peligro de verme sacrificado a la locura ajena y a los intereses extraños?

A esta cuestión, y sólo a ella, dedicó Montaigne su vida y sus energías. En aras de esa libertad se observó, vigiló, probó y censuró en cada impulso y en cada sentimiento. Y esa búsqueda de la salvación espiritual, de la salvación de la libertad, en una época de generalizado servilismo a ideologías y partidos, nos lo acerca hoy fraternalmente como a

ningún otro artista. Si le honramos y queremos por encima de los demás, ello se debe a que como ningún otro se entregó al arte supremo de la vida: *rester soi-même*.

Otras épocas más tranquilas han considerado la herencia literaria, moral y psicológica de Montaigne desde una perspectiva diferente; han discutido con criterios eruditos si fue un escéptico o un cristiano, un epicúreo o un estoico, un filósofo o un bufón divertido, un escritor o simplemente un diletante genial. En tesis doctorales y tratados se han examinado con suma agudeza sus ideas sobre educación y religión. Pero lo que a mí hoy me ocupa y preocupa de Montaigne es únicamente esto: en una época parecida a la nuestra, ¿cómo se liberó internamente y cómo nosotros al leerlo podemos afianzarnos con su ejemplo? Yo lo veo como el patriarca, el protector y el amigo de cualquier *homme libre* sobre la tierra, como el mejor maestro de esa ciencia, nueva y eterna, de preservarse incólume contra todos y contra todo. Pocos hombres en el mundo han combatido con mayor honradez y pasión por mantener su «yo» íntimo, su *essence*, al margen de las mezclas y las influencias de la espuma turbia y venenosa de la agitación del tiempo, y pocos han conseguido salvar de su época su «yo» íntimo y preservarlo para todos los tiempos.

Esa lucha de Montaigne por salvaguardar su libertad interior, tal vez la pugna más consciente y tenaz que jamás un intelectual haya sostenido, no presenta externamente el menor rasgo de lucha patética o heroica. Sólo violentándolo se podría alinear a Montaigne en la fila de los poetas y los pensadores que han combatido con su palabra por «la libertad de la humanidad». Nada tiene de las interminables peroratas ni del hermoso ímpetu de Schiller o de Lord Byron, y nada de la agresividad de Voltaire. Se habría reído de la idea de pretender transmitir a otros —y más a las masas— algo tan personal como la libertad interior, y desde la raíz más íntima de su alma odió a los reformistas profesionales del mundo, a los teóricos y a los vendedores de con-

vicciones. Conocía demasiado bien la inaudita tarea que representa la simple salvaguardia de una independencia interior. Y así su lucha se limita exclusivamente a la custodia, a la defensa de la trinchera más íntima, que Goethe llamaba «ciudadela», y a la que a nadie permite el acceso. Su táctica fue la de presentarse externamente lo más inadvertido posible, sin llamar la atención, y caminar por el mundo bajo una especie de camuflaje para encontrar el camino hacia sí mismo.

Por eso Montaigne carece propiamente de lo que se llama una biografía. Jamás provocó un escándalo, porque en su vida no se dio importancia ni se procuró oyentes ni aduladores para sus ideas. En su aspecto exterior parecía un burgués, un funcionario, un hombre casado, un católico, un hombre que llevaba a cabo, sin llamar la atención, cuanto socialmente exigía el cumplimiento de sus deberes. De cara al entorno adoptó el color protector de la discreción, para poder así desplegar hacia dentro y contemplar la irrisación de su alma en todos sus matices. Siempre estuvo dispuesto a prestarse a los demás, nunca a entregarse. En cada forma de su vida siempre se reservó lo mejor, lo más auténtico de su ser. Dejaba a los demás hablar y formar cuadrillas, los dejaba encolerizarse, predicar y fanfarronear; dejaba que el mundo siguiera sus caminos tortuosos y necios y sólo le preocupaba una cosa: ser razonable consigo mismo, ser humano en una época de inhumanidad, y libre en medio de la locura colectiva. Soportaba las burlas de quienes le tildaban de indiferente, indeciso y cobarde, y aceptaba la extrañeza de quienes se sorprendían de que no ambicionase cargos y dignidades. Ni aun los más allegados, que lo conocían bien, llegaron a sospechar con qué perseverancia, prudencia y flexibilidad trabajaba a la sombra de la opinión pública en la única tarea que se había propuesto: vivir su propia vida y no una vida sin más.

Con lo cual, el hombre indolente en apariencia llevó a cabo una hazaña incomparable. En la medida en que se

contenía y se describía a sí mismo preservó *in nuce* al hombre, al hombre desnudo y supratemporal. Y mientras que todo lo demás, los tratados teológicos y las elucubraciones filosóficas de su siglo, nos resulta extraño y caduco, Montaigne se nos revela como nuestro contemporáneo, el hombre de hoy y de siempre, y su lucha continúa siendo la más actual sobre la tierra. Después de hojear más de cien veces, página tras página, la obra de Montaigne, nos embarga el sentimiento de que *nostra res agitur*; el sentimiento de que alguien ha pensado, mejor de cuanto nosotros pudiéramos hacerlo, la íntima preocupación de nuestra alma en este tiempo. Hay ahí un «tú» en el que mi «yo» se refleja, ha desaparecido la distancia que separa un tiempo de otros. No tengo conmigo un libro, una literatura, una filosofía, sino a un hombre para quien yo soy un hermano, un hombre que me aconseja y me consuela, un hombre al que entiendo y que me entiende. Tomo los *Ensayos* en mis manos y desaparece en el espacio, en penumbra, el papel impreso. Alguien respira, alguien vive conmigo, se me ha acercado un extraño y ha dejado de serlo para convertirse en alguien a quien siento cercano como un amigo. Cuatrocientos años se han desvanecido como el humo. No es el Seigneur de Montaigne, el *gentilhomme de la Chambre* de un rey de Francia desaparecido, ni es el señor del castillo de Périgord quien me habla; ha dejado la blanca gorguera plisada, el sombrero en punta y la espada, y ha retirado de su cuello la soberbia cadena de la Orden de Saint-Michel. No es el alcalde de Burdeos quien ha venido a visitarme, ni es tampoco el escritor. Quien ha llegado es un amigo que me aconseja y me habla de sí. A veces hay en su voz un leve tono de melancolía por la fragilidad de nuestro ser humano, lo insuficiente de nuestra inteligencia, la estrechez de miras de nuestros dirigentes, el «sinsentido» y la crueldad de nuestro tiempo; aquella noble tristeza que su discípulo Shakespeare supo infundir de manera inolvidable a sus personajes favoritos: Hamlet, Bruto y Próspero. Pero después

vuelvo a percibir su sonrisa: ¿por qué te lo tomas todo tan en serio?, ¿por qué te dejas atormentar y abatir por la insensatez y la brutalidad de tu tiempo? Todo eso simplemente roza tu piel, tu vida exterior, no tu «yo» íntimo. Lo exterior no puede quitarte nada ni puede turbarte mientras tú no lo quieras. *L'homme d'entendement n'a rien à perdre*. Los sucesos temporales no tienen poder alguno sobre ti mientras tú te niegues a participar en ellos; la locura del tiempo no es una necesidad fatal en tanto mantengas tu lucidez. Y hasta la peor de tus vivencias, las humillaciones aparentes, los reveses del destino, sólo los sientes en la medida en que eres débil frente a ellos, pues ¿quién sino tú mismo les confiere valor y peso, les transmite placer y dolor? Nada puede exaltar y humillar tu «yo» sino tú mismo. Aun la presión más fuerte del exterior cede con facilidad frente a quien internamente se mantiene firme y libre. Siempre, y en especial cuando el individuo en particular se siente acosado en su paz espiritual y en su libertad, la palabra y el sabio consejo de Montaigne representan una bendición, pues en tiempos de confusión y de partidismos nada nos protege mejor que la rectitud y la humanidad.

Siempre y en cada ocasión cuanto él dijo hace siglos continúa siendo válido y verdadero para quienes luchan por su propio ser y la propia independencia. Pero a nadie debemos estar más agradecidos que a quienes, en una época tan inhumana como la nuestra, refuerzan lo que hay de humano en nosotros; a quienes nos exhortan a no malbaratar lo singular e inalienable que poseemos: nuestro «yo» más íntimo. Pues sólo quien se mantiene libre frente a todo y contra todos aumenta y preserva la libertad del mundo.

II

Que el autor de los *Ensayos* pudiera firmar su libro con el orgulloso nombre de Michel Sieur de Montaigne acompañándolo de un noble blasón había costado en origen la modesta suma de novecientos francos. Porque antes de que su bisabuelo, el 10 de octubre de 1477, hubiera comprado a los arzobispos de Burdeos el castillo Montaigne por esa suma, y antes de que, más tarde, su nieto, el padre de Montaigne, hubiera conseguido el permiso para agregar el nombre de dicha propiedad a su propio nombre como título nobiliario, los antepasados de Michel habían llevado el muy modesto y burgués apellido de Eyquem. Sólo Michel Montaigne, gracias a su conocimiento sagaz y escéptico del mundo, sabía lo ventajoso que resultaba llevar en este mundo un apellido que sonase bien, «tener un apellido hermoso, que pueda pronunciarse y retenerse sin dificultad». Fue él quien, tras la muerte de su padre, hizo raspar de todos los pergaminos y documentos el originario apellido familiar. Sólo a esa circunstancia hay que atribuir el dato de que en la historia de la literatura universal no busquemos alfabéticamente al autor de los *Ensayos* por la letra «E» como Michel Eyquem, sino por la «M» de Michel de Montaigne.

Desde hacía siglos el apellido Eyquem tenía en Burdeos un buen sonido a plata y oro, aunque también un cierto tufllo a pescado ahumado. Los estudios genealógicos todavía no han demostrado de forma satisfactoria de dónde llegaron originariamente aquellos Eyquem a Burdeos: si de Inglaterra, donde, según afirma Montaigne —siempre poco fiable en las cuestiones de su ascendencia—, se habrían descubierto «viejas relaciones de parentesco con una gran casa conocida», o simplemente de los alrededores de la ciudad. Lo único probado hasta el presente es que durante